

Mi primer Dia

Juana Dorrego

Capitulo dos

Mi Primer Dia



Capítulo 1

Ese martes, me levanté más temprano que nunca, no sabía si contarle a mi amiga Carola sobre mi nuevo trabajo, era una buena chica, comprensiva por donde las hubiera, pero tenía claro que ella como muchas personas no estaban preparadas para aceptar la prostitución como un trabajo normal, así que decidí decirle que era niñera, que cuidaba de dos niños de una familia joven de pocitos y que, como trabajaban arduamente mi horario sería extenso, tanto que en algunas ocasiones, tal vez me quedara a dormir.

No me gustaba mentir, de hecho jamás lo hacía, como buena hija de pastor que era, esta era una de las tantas enseñanzas que había recibido, y ya la estaba olvidando, también me habían enseñado que para ir a la cama con un hombre, debía ser después que este fuera mi marido, y ahora no solo iría a la cama con alguien que jamás se casaría conmigo; sino que tendría sexo con hombres que nunca había visto en mi vida.

Apenas llegar al local, la chica que me había atendido el día de la entrevista, Débora, me dijo que todos los martes la dueña hacía una reunión aclarando reglas, términos y condiciones de nuestro trabajo.

¿De qué se trata? Pregunté yo

Ya lo sabrás...contestó ella invitándome a seguirla.

Al llegar al living, la dueña había puesto frente a su escritorio un par de sillas para que ocupáramos.

Mi nueva compañera, otra chica que aún no sabía su nombre y yo, nos sentamos a esperar ansiosas...

La dueña comenzó presentándome por mi nombre de pila, e inmediatamente me adjudicó uno ficticio, que sería el que llevara todo el tiempo mientras trabajara allí.

Luego, nos aclaró que tres veces a la semana debíamos volantear folletos con publicidad de nuestro trabajo, especialmente en el mercado del puerto.

Que nuestra tarea era captar Carne Fresca, dijo: refiriéndose a los clientes.

Que jamás debíamos pasarnos de los treinta minutos estipulados del servicio, y que; si así fuera, debíamos cobrarlo.

Que de ningún modo un cliente se podía ir sin pagar, y que, si alguno de estos se quisiese pasar de listo, se debía llamar al comisario Domínguez.

Que, si la policía venía en búsqueda de dinero, que jamás le diéramos un peso, así la caja estuviera llena.

Que nuestro cometido no solo era ser buenas en la cama, sino que también debíamos ser sutiles confidentes. Que esos secretos serian nuestra tranquilidad en momentos de caos.

Que debíamos poseer una fidelidad absoluta a ella y a nuestro trabajo que era el único que nos daba de comer.

Que un Gil, sacado fuera del local, no era un hombre enamorado de nosotras, sino un vivo que buscaba sexo gratis.

Que siempre debíamos ver en la frente de un Gil, escrito la palabra dinero.

Que cada hora de retraso al trabajo sería un descuento del cincuenta por ciento de uno de nuestros clientes.

Que cada jornada tendríamos el cuarenta por ciento de cada cliente que atendiéramos y que este dinero nos seria pago ese mismo día.

Que ella jamás aceptaba un no, por respuesta, que este concepto debía quedar claro en nosotras.

Y por último que ella siempre velaría por nuestros intereses...

Después de la reunión quede un poco anonadada, no sabía si había caído en un prostíbulo o en un regimiento militar.

Aun así, preferí no preguntar nada y dedicar mi tiempo en conocer el sistema de trabajo.

Mi compañera Débora que era la más condescendiente, me dijo que los clientes que mayor dinero dejaban eran los despachantes de aduana, los viejos que establecían una relación casi amorosa con las putas, los mojigatos que siempre llegaban con la fantasía de redimirte y volverte una bibliotecaria, los clientes con fantasías extrañas, como sadomasoquistas, peeing (cambio de rol) o los que poseían algún fetiche.

No pasó demasiado tiempo para que llegara el primer cliente del día, la dueña había salido por unas horas, y la encargada del local en estos casos era Betty, la introvertida del grupo, una chica musculosa que atendía especialmente hombres sumisos, pero que también hacia otro tipo de

trabajos, el cliente en cuestión; uno de los captados en el mercado del puerto por medio de la publicidad, se hacía atender siempre por dos mujeres, y luego terminaba con una.

Betty, encontró que esta era mi oportunidad para conocer a fondo el trabajo, y me propuso que entrara con ellas al gabinete.

Cuando entres, te lo presentare y le diré que estás a prueba, que todavía no estás trabajando, así no damos oportunidad a que pida por vos.

Solo limitate a observar que hacemos, como lo hacemos y que decimos.

Apenas entrar el cliente comenzó a moverse de un lado para otro, parecía suelto de la cadena, empezó por tirar cada una de sus prendas, a manosear a mis compañeras, y a hacer movimientos extraños como si estuviese realizando un striptease, estas, que le conocían todas las mañas, lo tranquilizaron poco a poco, hasta que lo acostaron en el piso en un especie de tatami, una estructura de madera casi al ras del suelo, con un fino colchón de polifón.

Mis compañeras quedaron desnudas de inmediato,

Betty abrió sus piernas como un arco, se ubicó sobre sus labios, Débora comenzó haciéndole sexo oral, y yo, sentada en el sillón de las ingenuas...

Jamás había presenciado cosa tal, ni siquiera había visto una película pornográfica, por ello sentía una especie de vergüenza, provocación y asco, que no podía controlar.

Quería irme al mismo tiempo que quedarme...

Comenzaron a hostigarme un sinfín de pensamientos, de prejuicios, de culpa.

Todo ocurría como en una película, todo pasaba como en cámara lenta...

Y yo; me pregunta, como estaba sentada allí, cómo o había pasado de ser una mujer decente a indecente en tan solo horas.

El cliente, haciendo caso omiso a las palabras de Betty, comenzó a llamarme para que me uniera a ellos.

Yo, me limitaba a mirarlos.

La escena se puso rápidamente intensa pronto el cliente comenzó a gemir de placer, e inmediatamente les pidió a las chicas que hicieran un

intercambio.

Después se volvió más agresivo, tomó a Débora por el trasero; la haló hacia él, llevándola hasta su boca, la empujó impaciente y con una de sus manos separó ampliamente sus piernas, mientras Betty de forma ardiente fue saboreando su torso desnudo, lengüeteando sus pezones; recorriendo cada centímetro de su piel, hasta llegar hasta su miembro, que como una asta se levantaba hacia ella.

Con delicadeza, tocó la punta excitada y dura, designándole ligeros lamidos antes de transitar toda su envergadura con la lengua. Llegó hasta los testículos, los besó exhaustiva y luego prosiguió nuevamente hacia arriba.

Luego cuando mis oídos sintieron los quejidos candentes y desquiciados del cliente, suspiré segura, de que no aguantaría mucho más este tren...

Fijé mi atención por un momento en los ojos entrecerrados de Débora, y me di cuenta que ella también estaba gozando.

Con su miembro a punto de explotar sacó sus labios de mi compañera e hizo que se colocara a su lado, luego incitó a que Betty se acostara en el tatami, se arrodillo ante ella, y elevando sus musculosas piernas hacia sus hombros hundió el pene en su húmeda vagina.

Paulatinamente comenzó a moverse, saliendo casi enteramente para volver a enterrarse en ella.

Los gemidos de Betty marcaban el ritmo, así que aumento la velocidad de sus embestidas, hasta hacer que ambos llegaran a una especie de delirio.

Poco después con torpeza bajo las piernas de sus hombros, y ahora le pidió a Débora que se arrodillara poniéndose de espaldas hacia él, rodeó sus caderas con sus manos, inclinó ligeramente su torso hasta situarse casi encima de ella y la

embistió; logrando que esta clavara sus largas uñas en sus nalgas.

El fuego entre ellos era cada vez más intenso, como un caballo desbocado, aceleró sus embates, hundió sus manos en el largo y hermoso cabello de mi compañera y grito como si jamás hubiera eyaculado.

Agotado; se dejó caer sobre su cuerpo, besó su espalda transpirada, disfrutó de aquel silencio y luego besó cada una de sus nalgas...

El servicio había acabado...

Tensionada por el asombro y el frenesí compartido con mis compañeras, mis manos empezaron a dormirse, mi corazón a latir fuertemente, mientras recordaba que pronto debía hacer ese mismo trabajo.

Mis pensamientos se desintegraron en el aire cuando vi lo que el cliente pagó por aquellos servicios.

No sé si me estaba habituando de forma natural al sistema; si estaba en shock todavía, o si el dinero, había empezado a nublar mis valores.